

69

Cada memoria
enamorada
guarda sus
magdalenas y
la mía -sábelo,
allí donde estés-
es el perfume del
tabaco rubio que
me devuelve a tu
espigada noche, a
la ráfaga de tu más
profunda piel. No el
tabaco que se aspira,
el humo que tapiza
las gargantas, sino
esa vaga equívoca
fragancia que deja
la pipa, en los
dedos y que en
algún momento,
en algún gesto

inadencabritar tu recuerdo, la sombra
de tu espalda contra el blanco velamen
de las sábanas. No me mires desde la
ausencia con esa gravedad un poco
infantil que hacía de tu rostro una
máscara de joven faraón nubio. Creo
que siempre estuvo entendido que

sólo nos daríamos el placer y las fiestas
livianas del alcohol y las calles vacías de
la medianoche. De ti tengo más que
eso, pero en el recuerdo me vuelves
desnuda y volcada, nuestro planeta
más preciso fue esa cama donde
lentas, imperiosas geografías iban
naciendo de nuestros viajes, de
tanto desembarco amable o
resistido de embajadas
con cestos de frutas o
agazapados flecheros, y
cada pozo, cada río, cada
colina y cada llano los
hallamos en noches
extenuantes, entre
oscuros parlamentos
de aliados

o enemigos.

¡Oh viajera
de ti misma,
máquina
de olvido! Y
entonces me
paso la mano
por la cara
con un gesto
distruido y el
perfume del
tabaco en mis
dedos te trae
otra vez para
arrancarme a
este presente
acostumbrado,
proyecta
antílope en la
pantalla de ese
lecho donde
vivimos las
interminables
rutas de un efímero
encuentro. Yo aprendía
contigo lenguajes
paralelos: el de esa
geometría de tu cuerpo
que me llenaba la boca

Y las manos de teoremas temblorosos, el de
tu hablar diferente, tu lengua insular que tantas
veces me confundía. Con el perfume del tabaco
vuelve ahora recuerdo preciso que lo abarca todo

